LORENA ÁLVAREZ

NO TE MATO PORQUE TE QUIERO

MUJERES VÍCTIMAS DE VIOLENCIA EN EL PAÍS DE LA IMPUNIDAD

Planeta

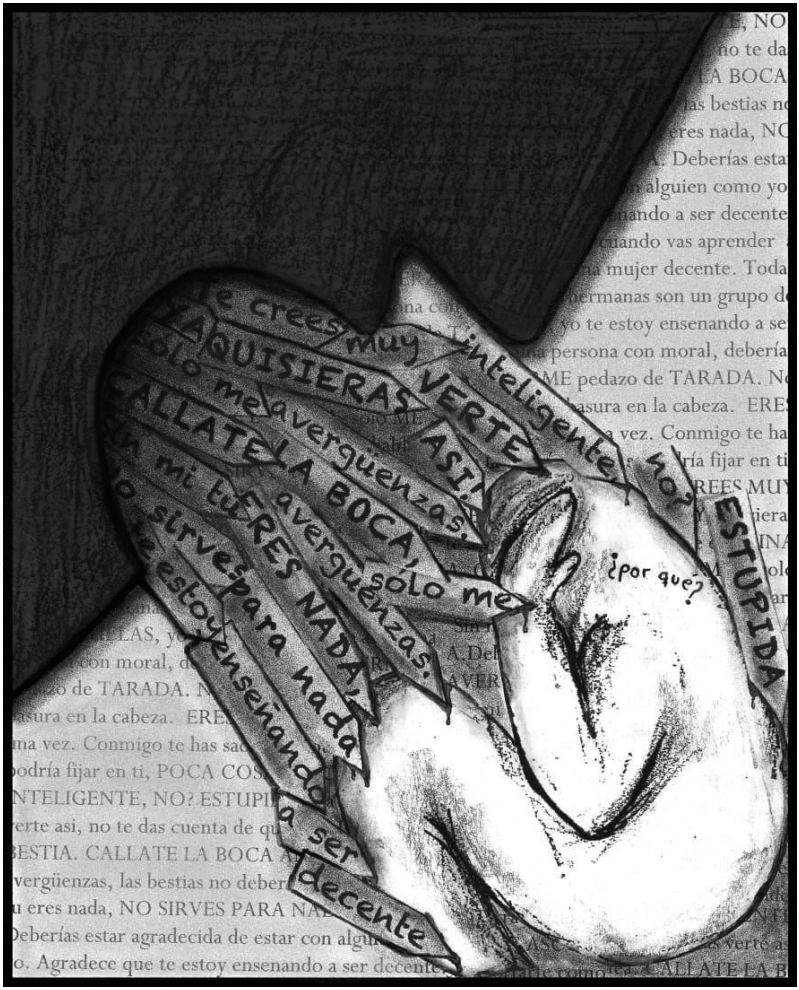
No te mato porque te quiero

Lorena Álvarez

NO TE MATO PORQUE TE QUIERO

Planeta

Para Fabiola y para todas las mujeres que
sobrevivieron guardando silencio en este país.
No es su culpa. La culpa es de quienes
permiten que las cosas sigan igual.
Mi lucha es para ustedes.



Póster premiado en un concurso comunitario del 2003 destinado a crear consciencia sobre la violencia doméstica en Estados Unidos.

I. ¿Por qué yo?

Cuando mi historia se hizo pública se dijo que la justicia iba a ser rápida porque soy periodista, porque trabajo en uno de los canales de televisión más importantes del país y porque, a diferencia de la mayoría de mujeres que denuncian una agresión, yo sí podía acceder a una buena defensa. No ha sido así. No ha sido así porque en el Perú del siglo xxi no importa en qué trabajes, no importa qué tan conocida seas, ni cuán bien asesorada estés legalmente cuando tienes por condición ser una mujer víctima de agresión psicológica y física por parte de un hombre. Serlo, indefectiblemente, te convierte dos veces en víctima.

Al decidirme a poner la denuncia, sabía que era altamente probable que la historia se filtrase. Después de todo, no es difícil para un policía hacerlo. Eso hizo que dudase todavía más antes de ir a la Comisaría. Denunciarlo no me daba vergüenza, pero que todos se enterasen, ser sometida al escarnio público e imaginar todo lo que vendría después, eso sí que era un disuasivo contundente.

Ser la noticia policial de la jornada, para mí, acostumbrada a darlas, ha sido una pesadilla. Esa es la explicación de por qué en mi trabajo casi no se tocó el tema. Luego me

vería forzada a exponerme ya que en otro canal mi agresor había tenido la total libertad para denigrarme. El morbo hizo que se tildara a mi canal de indolente, lo cierto es que solo respetaron mi pedido de reserva. Y es que mi situación emo - cional, por aquellos días, no me permitía manejar el hecho de también ser el tema central allí.

Empezando a trabajar en periodismo me hice la promesa de que si algún día la vida me ponía del otro lado evitaría decir "respeten mi privacidad". Simplemente asumiría lo que me tocara. Cuando el domingo 1 de octubre del 2017 por la noche me enteré de la inminente publicación de mi historia; es decir, cuatro días después de haber puesto la denuncia contra mi agresor, recién se lo conté a mis jefes del canal donde trabajo.

Había ido el jueves y el viernes, hasta había participado del almuerzo por el Día del Periodista donde todos comen - taban que algo me pasaba. En maquillaje tenían cuidado al cepillarme el pelo porque "me dolía", nadie sabía más. Pero ya ante el potencial escándalo mediático, no podía dilatar más el momento.

Lo mismo con mi ex esposo, el papá de mi hijo. Le agra - dezco haberse mantenido calmado. Su cara estaba morada; supongo que tenía la presión en mil mientras me revisaba la cabeza y notaba el chichón y mi dolor.

Antes de ese domingo, solo lo sabían cuatro personas. Con la inminente publicación de *El Trome*, tuve que llamar a mucha gente para advertirle. Mi mamá y mi hermano también hicieron lo mismo. Llamar a mis abuelos, que tienen noventa años, fue, creo, lo más difícil. Sentí que estaba defraudando

a mucha gente. Si de algo mi abuelo se siente orgulloso es de mi inteligencia. Y yo me sentía la más estúpida de todas por aquellos días. Después de todo, te ves forzada a contar algo que tú aún estás procesando; algo que tampoco entiendes. Te bombardean con preguntas y no tienes respuestas.

Mi jefa en el canal, Marta Rodríguez, salía de vacaciones. Tomó mi llamada ya en el aeropuerto. Se quedó unos segundos en silencio, algo poco usual en ella en momentos de crisis. Me preguntó, dolida, por qué no le había contado. Yo estaba sentada a su lado en aquel almuerzo dos días antes. Le dije que no quería preocuparla. "Lorena, esto nada tiene que ver con chamba, te conozco desde practicante, somos amigas. Hay cosas que se cuentan. Para ayudarte", fue su respuesta. Allí, mientras esperaba para abordar en la sala de embarque, tuvo que llamar a los gerentes del canal para darles la noticia.

A quienes no les dije, no fue por falta de confianza; solo estaba avergonzada. Desde que todo se hizo público, innumerables veces he tenido que oír cosas como "Pero cómo no ibas a darte cuenta", "Lorena, por favor. Eras otra persona. Se te veía triste, envejecida" y el infaltable "Te lo dije", que no es otra cosa que un eufemismo de ¡qué tonta eres! Nada de eso ayuda. Solo le echan sal a la herida. La verdad es que nunca creí que viviría algo así. De lo contrario, jamás habría expuesto a mi hijo al peligro.

Es fácil mirar a otro lado cuando de violencia se trata. "Es su roche", "allá ella", "no quiero ganarme líos", "es que pruebas

no tengo", "al final se arreglarán y yo voy a quedar mal". Para estos temas, tenemos que aprender a mirar de frente. Aunque la otra persona se moleste. Para todos aquellos que saben, sospechan, temen; si otra amiga lo vivió con él, pero no quiso denunciarlo, díselo a tu amiga, a tu hermana, tu hija, tu vecina. Puedes salvarle la vida.

Ir a una Comisaría no elimina el miedo, al contrario, lo potencia. Desde que entras entiendes que lo peor está por empezar. Tus vivencias, tu dolor, pasan a un parte policial. Son meras palabras. Lo real está afuera: ¿Buscará venganza? ¿Cómo va a reaccionar cuándo se entere? ¿Dónde voy a estar segura? A mí, por ejemplo, me habría encantado meterme en un pozo y no salir más.

A tres días de ir a la Comisaría y dos de haber pasado el peritaje físico, acabó mi deseo de anonimato. El lunes la periodista Carla Chévez, de *El Trome*, quería mi versión. Yo no quería hacer el tema más grande, me sentía abrumada, perdida, asustada y esa noche debía ir a trabajar. Accedí al cabo, porque me sentí con la responsabilidad de hacerlo. Respondí por teléfono de manera muy concreta. Lo más importante para mí fue aceptar que sí, que la denuncia la había puesto yo y que no me daba vergüenza decirlo.

Luego de publicada la nota, me dijeron que hubo una ola de nuevas denuncias. Mi caso les dio fuerza a muchas mujeres para decir: Hasta aquí nomás. Significó mucho que mi dolor, que la lucha que estaba comenzando, le sirviera de inspiración a otras. No sabía que tenía la capacidad de impactar en la vida de los demás. Y sé que no es por mí, es porque mi historia causó interés a raíz de mi trabajo en la televisión.

En el canal me dieron su total respaldo y me pregunta-ron qué quería que hicieran. No tenía idea. En medio de los problemas, del dolor en todo el cuerpo, el insomnio y los ata-ques de ansiedad, me agobiaba que no me dejaran hacer mi trabajo en pantalla. La neuróloga que me atendió me dijo que no estaba en condiciones de trabajar. Pero seguir haciéndolo fue mi escape. Lo único que tenía sentido. Allí, al aire por las ondas de mi canal, yo no era la noticia. Era libre. Estoy convencida de que si no me derrumbé entonces fue porque seguí trabajando. Y, sin embargo, de esos días solo recuerdo que sentía entumecido todo el cuerpo, que me zumbaban los oídos y que parecía que todo sucedía en cámara lenta.

El lunes por la tarde, un día antes de la publicación, me llamó Mónica Delta y me pidió reunirnos en su casa pues ya estaba enterada de todo. Entre manzanillas y galletas de soda, porque esos días no comía, entendí que era inevitable que mi caso se hiciera público y debía prepararme para el impacto. Todo lo que sucediera después, dependía exclusiva-mente de mí. Hablar, no hablar, era mi decisión. Nadie podía obligarme a hacer algo que yo no quisiera. Nunca más.

El martes cayó la bomba. Personas cercanas me sugirie-ron apagar el celular para no leer las reacciones en las redes sociales, pero no soy buena escondiéndome. Soy periodista. Me gusta saber. Leí cada tuit que me citó, no respondí nin-guno de los que me apoyaban, ni los que ponían en duda mi denuncia y menos los que, de plano, me insultaban. Bloqueé mucha gente. Hasta el día de hoy lo sigo haciendo.

Ya en privado, recibí mensajes que respondí escueta-mente con un “muchas gracias”. En WhatsApp y Facebook

Messenger también contesté. Quería agradecerle a todos los que se tomaban un momento para pensar en mí. Recuerdo también todos aquellos que brillaron por su ausencia. Es en los momentos duros donde mucha gente te desilusiona o muestra su verdadero rostro.

Me quedo con aquellos que aparecieron vía telefónica, en mi casa, con postres, flores, tarjetas, con mensajes hasta del otro lado del mundo. Sin importar la distancia, la diferencia horaria, su agenda complicada, los años que no nos vemos, allí estaban, como si el tiempo no hubiese pasado. Hay momentos donde te toca estar. Independientemente de las circunstancias, te toca estar.

Debo reconocer que me sorprendió el cariño y la solidaridad de los periodistas, gente en redes, líderes de opinión que, sin conocerme, me creyeron y respaldaron. Temía que no me creyeran. La gente suele ser escéptica. Tanta gente contando lo bueno, malo y feo de su vida, y "facturando" por ello, nos ha hecho perder la sensibilidad en temas donde lo que se necesita es solidaridad, no cinismo.

Muchas autoridades me llamaron desde los ministerios y otras instituciones del Estado, todos ofrecían su ayuda, su apoyo, pero solo querían salir en la foto, después no volvieron a decir "esta boca es mía". La verdad es que nunca esperé que lo hicieran, tampoco buscaba un trato preferencial. Tengo la suerte de que mi madre es abogada y no necesito asistencia legal del estado. Esa suerte no la tienen la mayoría de las mujeres que hacen denuncias similares a las mías. Mejor llámenlas a ellas. Ocúpense. Si no se han dado cuenta, los abogados de oficio no alcanzan.